

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 197

Humboldt, la Güera Rodríguez y la inauguración del “Caballito”

Artemio de Valle-Arizpe
1888-1961

*De don Artemio de Valle-Arizpe (nació el 25 de enero en Saltillo, Coah.; murió en la ciudad de México, el 15 de noviembre) dicen sus biógrafos que es el escritor mexicano que ha estudiado con más detenimiento la historia, las leyendas y las tradiciones de su país. Entre sus obras más conocidas destacan **El Canillitas** (1941), **Leyendas mexicanas** (1943) y **La Güera Rodríguez** (1949). De esta última rescatamos algunos fragmentos del relato que don Artemio hace de la inauguración de la estatua ecuestre de Carlos IV.*

En diciembre, día 9 y año de 1803, con solemnidad y gran festejo, se descubrió en la Plaza Mayor la estatua ecuestre del rey don Carlos IV, obra suprema de don Manuel Tolsá, “el Fidiás valenciano” como se dio en llamarle en aquellos días de su gloria. El sinvergonzón del virrey don Juan de la Grúa Talamanca y Branciforte, fue el que tuvo la idea adulatoria de erigir ese monumento al paciente soberano y mientras que Tolsá se dedicaba a la ímproba tarea del cincelado y pulimento que vino a durar catorce largos meses después de la perfecta fundición, hasta no dejarla de todo a todo limpia, se puso provisionalmente en un hermoso pedestal un bulto hecho de madera y estuco dorado para solemnizar los días de natalicio de la reina doña María Luisa de Parma.

Siete años después en que quedó esplendorosamente terminada la estatua, se dispuso inaugurarla en la fecha que he dado ut supra. Es-

taba cubierta con un amplio velo rojo en el centro de un ancho recinto limitado por alta balaustrada de piedra con cuatro elevadas puertas de hierro de primorosa hechura, obra del metalista Luis Rodríguez de Alconedo. Henchía la plaza de mar a mar, enorme muchedumbre bulliciosa y alharaquenta. Si se intentara meter entre ella un alfiler no hubiese cabido. Ventanas, balcones y azoteas desbordaban de gente curiosa en un rumor incesante de conversaciones.

Había multitud de damas y señores de las más altas casas de México, con gran boato de trajes, en las ventanas y extensa balconería del Real Palacio que ondulaba de tapices y terciopelos colgantes. En el balcón principal destacábase Su Excelencia el virrey Iturrigaray con la virreina, doña María Inés de Jáuregui, rodeados entrambos de entonados dignatarios palatinos, oidores, señoras principales y caballeros de alcurnia, sedas joyantes, encajes, galones, perfumes, plumas multicolores y la pedrería de las alhajas brincando en mil iris de luz.

Allí se encontraba satisfecho el barón de Humboldt con doña María Ignacia Rodríguez de Velasco llena del vivo destello de las joyas y derrochando la gracia de sus mejores palabras. Encantados estaban los dos de ver la abigarrada muchedumbre, palpitante y sonora, llena de fiebre de impaciencia. A una señal del Virrey y como si fuese un resorte exacto, se rasgó en dos el velo colorado que cubría la estatua, que quedó desparramando reflejos en medio de la mañana azul, llena de sol. A ella se enfocaron todas las pupilas. El gentío estaba como atena-

H

Marzo 10 de 2005

Academia de Humanidades FES-Acatlán

zado en un asombro quieto. De pronto estalla el apretado trueno de los aplausos. Era una onda larga de ovaciones que extendíase hasta muy lejos. En ventanas, balcones y azoteas había una blanca agitación de pañuelos al viento.

Rompió el límpido cristal del aire el humeante trueno de diez piezas de artillería, unánimemente disparadas. Luego el fragor de las tupidas salvas de los regimientos de la Nueva España, de Dragones y de la Corona. Y al terminar este gran ruido se alzó al cielo un agudo estrépito de clarines y el ronco estruendo de los parches y atronaron los festivos repiques de las campanas de la ciudad entera que envolvióla ampliamente en su música y la tornaron toda sonora.

Se abrieron las cuatro anchas puertas de la elipse y el oleaje humano se precipitó por ellas como un agua tumultuosa y contenida a la que le alzan las compuertas para que corra libre. Llenó el ambiente un apretado rumor de comentarios henchidos de admiración. Todo en la ancha plaza eran pláticas y algarabías. Un oleaje de rumor creciente.

Antes de descubrirse la estatua, hubo en la Santa Iglesia Catedral gran solemnidad, ofició la misa pontifical el arzobispo don Francisco de Lizana y Beaumont, y se cantó un solemne *te-déum* por la capilla catedralicia con el acompañamiento de la vasta polifonía del órgano. Asistió a esa función solemne, llena de infinitas luces de velas y de cirios y con mucha plata en el altar, no sólo toda la clerecía, sino multitud de frailes de todas las religiones, y con los señores virreyes, lo más principal de la ciudad.

En seguida toda esa vistosa concurrencia se trasladó al Real Palacio para ponerse a sus ventanas y balcones mientras sonaba el amplio gozo de un repique a vuelo y entre él había un estremecido son de brillante trompetería. Poco después aquel elegante señorío tronaba de palmoteos entusiastas en una agitación de manos enjoradas.

Formaron calle los vistosos alabarderos –color blanco con oros y vivos encarnados–, para que pasaran Sus Excelencias los señores virreyes con su largo séquito a ver de cerca el magnífico monumento, obra creada por un magno artífice español de Valencia. La Güera Rodríguez iba feliz del brazo del Barón de Humboldt. Encareció el Barón el crecido mérito y belleza de la estatua. No dejaba de celebrarla con amplísimas alabanzas. Todo él se convirtió en aplausos. Habló después, encantando a todos los que lo oyeron, de las grandes estatuas ecuestres que había visto y admirado en sus andanzas por el mundo, en nada superiores a esta magnífica de Carlos IV, sino de igual valor, la del condotiero Bartolomé Colleone en la acuática Venecia, modelada por Andrés Verrocchio; en Padua, la de Erasmo Gattamelata, obra de Donatello; la del pío Marco Aurelio que se yergue en el Capitolio Romano. También alabó el Barón la sencillez armoniosa del pedestal que sustentaba el bronce heroico del Rey Carlos IV vestido, o más bien dicho, desvestido a la romana, y coronado, pero no como siempre lo estuvo en vida con largos y puntiagudos adornos debidos a las gracias exquisitas de su fogosa mujer, sino que aquí le puso don Manuel Tolsá simbólicos laureles. Hay más laurel en la real testa que los que necesitara una hábil cocinera para condimentar un buen número de guisados de carne.

Pero la perspicaz y suspicaz Güera Rodríguez en el acto le vio al caballo un defecto mayúsculo y capital en el que nadie había hallado tachas ni menguas, sino que muy al contrario, encontraban en el corcel todo perfecto y todo en su punto y medida. Con la mayor gracia del mundo dijo que estaban a igual altura lo que los hombres, equinos y otros animales, tienen a diferente nivel. Su experiencia personal le enseñó esto de los dídimos, cosa en la que no reparó el insigne valenciano Tolsá.

Fuente: Artemio de Valle-Arizpe. *La Güera Rodríguez*. 9ª ed. México, Librería de Manuel Porrúa, 1960. pp. 144-147.

“CLÁSICOS DE LA PEDAGOGÍA”

A la venta en la librería de esta Facultad